



“La literatura en lenguas indígenas: tradición oral y escrita”

p. 51-65

Pilar Máynez

*Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

190 p.

Cuadros

(Serie Totláhtol, Nuestra Palabra 5)

ISBN 970-32-1012-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/414/lenguas\\_literatura.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/414/lenguas_literatura.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## LA LITERATURA EN LENGUAS INDÍGENAS TRADICIÓN ORAL Y ESCRITA

El propósito del apartado que a continuación se ofrece es intentar un acercamiento a los géneros más cultivados en náhuatl, maya y zapoteco en la actualidad. Debido al carácter introductorio del trabajo sólo se considerarán estos tres idiomas, lo cual no implica de ninguna forma un desdén hacia las composiciones literarias en otros sistemas. No dejo de reconocer la inspirada entonación, por ejemplo, de las pirecuas purépechas, la extraordinaria producción poética en mazateco o el valor dramático expresado en tzotzil,<sup>1</sup> sólo que en esta ocasión he querido circunscribir de alguna manera las creaciones literarias en la amplia gama de nuestras lenguas indígenas, ciñéndome a aquellas que han tenido una mayor difusión, como es el caso del náhuatl o del maya que llegaron a ser *linguas francae* de extensos territorios, y al zapoteco, de reconocido prestigio literario.<sup>2</sup> Lo anterior me permitirá conformar una antología con un *corpus* más abarcable del que se podrán extraer conclusiones que espero sean de interés.

La literatura en idiomas indígenas ha cobrado un gran auge en los últimos años gracias a la preocupación de sus creadores por el

<sup>1</sup> La pirecua o pirekua es una composición literario-musical cantada en purépecha de manera individual o grupal y puede ser acompañada con guitarras, conjuntos de cuerdas o simplemente ser *a cappella*. Los temas tienen que ver con las diferentes problemáticas que les aquejan aunque se cultiva de forma muy especial las que se refieren a la experiencia amorosa. En relación con la poesía mazateca tenemos en Juan Gregorio Regino al exponente más inspirado. Como dice Carlos Montemayor es "dueño de un buen oficio literario, contenido en su expresión a la búsqueda de lo exacto, del verso más justo y armonioso; su libro *No es eterna la muerte (tatsjejin nga kjabuya)* destaca como uno de los mejores volúmenes de poesía en lenguas indígenas de final de siglo". Véase Carlos Montemayor, *La literatura actual en las lenguas indígenas de México*, México Universidad Iberoamericana, 2001, p. 210-211. Tanto los tzeltales como los tzotziles crean en forma colectiva sus obras, las cuales provienen en su mayoría de leyendas de la tradición oral o de asuntos relacionados con su entorno cotidiano; quien se encarga de escribirlas aparece como su autor.

<sup>2</sup> Según Carlos Mantemayor, "Los zapotecos del Istmo han forjado acaso la tradición literaria moderna más importante de las lenguas indígenas de México". *Ibidem*, p. 179.

cultivo de diversas composiciones en sus particulares sistemas, así como al apoyo de distintas dependencias gubernamentales que se han ocupado de su publicación. A través de estas producciones podemos aproximarnos al pensamiento de la compleja realidad pluriétnica de nuestro país, al sentir y al padecer de sus propios protagonistas. En efecto, es a través de sus actores y no de estudiosos ajenos a esos distintos mundos de raigambre ancestral que podemos conocer su ser más profundo.

Pero la literatura en estas lenguas ha tenido que sortear algunos problemas que no comparten, por ejemplo, con la literatura española, relacionados con la adopción de un alfabeto específico y con el desdén generalizado por lo que se ha considerado inadecuadamente como manifestaciones de una subcategoría lingüística, es decir, por lo que se ha calificado como “dialectos” indígenas. Al respecto cabe señalar que el prestigio de ciertos sistemas no está dado por las características de sus componentes fonológicos o morfológicos ni por el peculiar funcionamiento de sus estructuras; estos conceptos nada tienen que ver con los idiomas en sí mismos, éstos más bien se vinculan con elementos extralingüísticos, determinados principalmente por el desarrollo social, político y económico del grupo humano que los emplea. Queda claro, entonces, como se ha dicho ya al principio de este trabajo, que las lenguas indígenas tienen, al igual que cualquier otro idioma, variantes regionales que reciben el nombre de “dialectos”, y que la forma peyorativa de referirse a ellas mediante este término demuestra sólo un desconocimiento de la realidad lingüística.

El padre Ángel María Garibay estableció una marcada división histórica en la literatura de los pueblos nahuas que igualmente podría hacerse extensiva a las demás etnias: la que corresponde a la etapa anterior a la Conquista y la que sucede a este periodo.<sup>3</sup> A esta tan clara delimitación cabría añadir un tercer apartado que correspondería a la gran efervescencia literaria en distintas lenguas vernáculas de México durante los últimos 30 años. En efecto, hasta el siglo XIX y principios del XX las manifestaciones literarias se circunscribían a distintas clases de narraciones conservadas gracias al trabajo de lingüistas, etnólogos y folkloristas; pero no fue sino

<sup>3</sup> Véase Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa, 1992 (Colección “Sepan cuantos...”, 626), p. 21.

hasta 1970 cuando la Nueva Palabra comenzó a florecer; hombres y mujeres de distintos pueblos nahuas se preocuparon por recuperar una rica tradición literaria contenida en los *icnocuicatl* o “cantos de huérfano o de angustia”; los *melahuacuicatl*, “canciones de gesta”, o los *yaocuicatl*, “cantos de guerra”, que se incluían en los relatos históricos y que eran comunes antes de la llegada de los españoles.<sup>4</sup>

Recordemos que en los colegios de los hijos de los principales se ejercitaba la memorización de los cantares y las poesías, lo cual indicaba la importancia que revestían estas creaciones en el mundo prehispánico. A esta tan clara inclinación por el cultivo literario se sumaba el interés por el registro de acontecimientos de diversa índole. Afortunadamente se conservan numerosos textos jeroglíficos pintados en piezas de cerámica y otros grabados en piedra, y sabemos que los nahuas, mixtecos y zapotecos contaban con libros de piel de venado elaborados en diferentes formatos. Esos volúmenes de pinturas y peculiares caracteres constituían, según Miguel León-Portilla, el soporte para la elocución de cantares y rituales sagrados, y permitían la preservación de sus historias, genealogías y cómputos calendáricos. De gran importancia en este sentido fueron los libros mixtecos, los cuales contienen el recuento de luchas, matrimonios y muertes, acompañados del correspondiente registro del lugar y del momento en que transcurrieron tales episodios.<sup>5</sup>

Tenemos, pues, que esta doble vertiente oral y escrita que se puede identificar claramente en el mundo prehispánico converge en nuestros días: una tradición oral de siglos que aún perdura en numerosos pueblos, la cual repite y recrea los antiguos relatos y poesías, y un marcado deseo por consignar la vívida expresión de lo que acontece en el interior y en el entorno del poeta. Esta última, lo mismo que en el siglo XVI, se ha encontrado actualmente con la dificultad de representar mediante la escritura dichas manifestaciones. Si en el periodo que siguió a la Conquista, los misioneros lingüistas tuvieron que transvasar al alfabeto latino los fonemas en algunos idiomas amerindios, que en ocasiones superaban el núme-

<sup>4</sup> Véase Miguel León-Portilla, “Yancuic tlahtolli: palabra nueva. Una antología de la literatura náhuatl contemporánea”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 18, 1986, p. 127.

<sup>5</sup> Miguel León-Portilla, “El binomio oralidad y códigos en Mesoamérica”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 27, 1997, p. 143.

ro de los del castellano,<sup>6</sup> hoy los escritores en lenguas indígenas deben optar por el registro gráfico que consideren idóneo, pues en muchos casos existen diferentes propuestas.

Pero ¿qué implica la adopción de un determinado alfabeto? La elección de una forma específica de representación escritural debe ser parte de un proyecto mayor de estrategias y alternativas étnicas. No se trata simplemente de contar con una posibilidad formal de registro impuesta de manera arbitraria para intentar solucionar un legítimo interés de consignación o una aparente situación de reza-go;<sup>7</sup> se trata más bien de articular una propuesta de escritura que parta de las propias comunidades y del concurso de especialistas en la materia. La imposición de un alfabeto impide la libre expresión de los miembros de su comunidad, quienes lo considerarán como un producto ajeno y, por tanto, experimentarán un rechazo hacia ese sistema de representación.

La alfabetización de las lenguas indígenas no puede limitarse únicamente a la fijación gráfica de sus fonemas. Se requiere, como opina Leopoldo Valiñas, un proyecto de mayor envergadura que contemple, asimismo, los demás niveles lingüísticos en los que aparecen encadenadas las letras, ya como palabras, ya como frases u oraciones; esto es, se necesita una gramática y un diccionario que expliquen la forma en que se deben escribir y pronunciar los vocablos, dónde y cómo se emplean y qué es lo que significan;<sup>8</sup> no obstante, el desarrollo de estos programas es, a largo plazo, por lo que comúnmente se recurre a soluciones provisionales que no resultan

<sup>6</sup> Dice Carlos Montemayor que, “a propósito de la familia de los xiúes, el documento más antiguo en la lengua maya escrito con el alfabeto latino es un tratado de tierras que describe los límites entre el estado de los xiúes y las provincias vecinas y que registra la fecha de 1557”. Véase Carlos Montemayor, *op. cit.*, p. 23-24.

<sup>7</sup> A. C. Moorhouse sostiene que “las necesidades de las lenguas indígenas varían muchísimo; por ejemplo, el totonaca necesita sólo 17 consonantes y 7 vocales, pero el chinanteco necesita 30 consonantes, 11 vocales, 3 diptongos y 3 tonos. En *Historia del alfabeto*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (Breviarios, 160), p. 294-295. Carlos Lenkersdorf, por su parte, comenta que “En tojolabal escribimos con sólo minúsculas conforme a la escritura establecida [...]. La razón es la siguiente, también afirmada por el educador Paulo Freire: para hacer más fácil el aprendizaje de leer y escribir, se usa una sola grafía para cada letra. Por ello se utilizan sólo minúsculas. La regla correspondiente es que también para cada fonema se emplea una sola grafía. En *Indios somos con orgullo. Poesía maya-tojolabal*, recopilación, traducción, notas, comentarios e introducción de Carlos Lenkersdorf, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 29.

<sup>8</sup> Leopoldo Valiñas, “Alfabetización y la experiencia mixe”, *Nueva antropología. Lingüística y Sociedad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1993, v. VI, n. 22, p. 7-9.

las más convenientes. La propuesta planteada por Valiñas podría parecer muy ambiciosa, pero en ella se advierten las características integrales que deben considerarse en la formulación de cualquier registro de esta índole; sin embargo, lo que debe quedar claro aquí es que, en ningún caso, se debe imponer un alfabeto y que, una vez iniciado el desarrollo de representación gráfica, éste se integra a factores relacionados con la cohesión étnica de la comunidad, la función que desempeña la escritura en ella y la posibilidad del surgimiento de una literatura. Carlos Montemayor comenta al respecto que “las propuestas de alfabetos para fines de enseñanza inmediata sólo son en el inicio del proceso que ya luego no será planificable. Si éste inicia, el proceso modificará o confirmará los lineamientos institucionales”.<sup>9</sup>

Ahora bien, es un hecho que la literatura escrita ha gozado de mayor prestigio que la oral, a la que en breve nos referiremos. El gramático tradicional, por ejemplo, solía afirmar que el lenguaje hablado era inferior al escrito y en cierto modo dependiente de éste; sin embargo, no conocemos ningún sistema de escritura con una historia mayor a seis o siete mil años. Según John Lyons, cuando los gramáticos destacaban el predominio del lenguaje escrito sobre el oral pensaban, en primera instancia, en la literatura como la forma lingüística más pura y correcta.<sup>10</sup> Esta idea, no obstante, prevalece en la actualidad en ciertos medios; así, por ejemplo, en una comunidad de Oaxaca era frecuente encontrar en los hogares un ejemplar de la *Biblia* en mixteco; al preguntar a sus dueños si acostumbraban leerla, contestaban que no, pero que era importante tener un testimonio de que su lengua, al igual que la castellana, podía ser escrita;<sup>11</sup> asimismo, los propios escritores en lenguas in-

<sup>9</sup> Carlos Montemayor, “La función de la literatura y la escritura en las lenguas indígenas”, en *Políticas lingüísticas en México*, coordinado por Beatriz Garza Cuarón, México, La Jornada Ediciones/Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 1997, p. 234. Montemayor agrega, por ejemplo, que “Durante más de cien años en distintas revistas y ediciones de Juchitán los escritores del Istmo han publicado poesía, ensayo y relato en lengua zapoteca con un alfabeto que definieron según sus propios criterios y sus propias necesidades de expresión. No procedieron de manera oficial ni burocrática; procedieron como dueños de su lengua”. *Ibidem*, p. 233.

<sup>10</sup> John Lyons, *Introducción en la lingüística teórica*, Barcelona, Teide, 1975, p. 40.

<sup>11</sup> Así lo manifiesta Gabriela Coronado Suzán en la nota 16 de su artículo “La literatura indígena: una mirada desde fuera”, en *Situación actual y perspectivas de la literatura en lenguas indígenas*, coordinado por Carlos Montemayor, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 61.

dígenas han insistido en que una de las formas idóneas de perpetuación de sus culturas es a través de la palabra escrita.<sup>12</sup>

La escritura es un sistema de intercomunicación humana por medio de signos convencionales visibles<sup>13</sup> que permite fijar las más variadas expresiones; pero no olvidemos que la mayor parte de las lenguas ha carecido de ella,<sup>14</sup> y el hecho de que existan creaciones artísticas surgidas y preservadas en la oralidad no invalida el que pertenezcan a la literatura, aun generándose en sociedades ágrafas.

Los idiomas vernáculos cuentan con una rica tradición oral que se diferencia de la comunicación cotidiana por sus estilos y usos específicos. Al incrementarse en el siglo XVIII la preponderancia del castellano, éstos fueron cada vez más relegados.<sup>15</sup> Los propósitos catequísticos del primer periodo colonial que habían dado origen, como ya hemos visto, a una serie de trabajos filológicos, gramaticales y lexicográficos en los distintos sistemas amerindios y, por supuesto, a una profunda reflexión sobre la forma de escribirlos, fueron cediendo a favor de un cada vez más notorio desplazamiento por parte del idioma de los conquistadores. Miguel León-Portilla, al referirse concretamente al náhuatl, advierte:

En tales condiciones difícilmente podían producirse creaciones literarias en esta lengua, al menos en forma escrita. En las escuelas mismas

<sup>12</sup> De este modo lo expresa Jacinto Arias en *Nuestra Palabra*, suplemento especial, *El Nacional*, 11 de diciembre de 1990, p. 2.

<sup>13</sup> Véase Ignace Gelb, *Historia de la escritura*, Madrid, Alianza, 1985, p. 32.

<sup>14</sup> Según Walter J. Ong “sólo 78 de las 3 mil lenguas que existen aproximadamente hoy en día poseen una literatura. Hasta ahora no hay modo de calcular cuántas lenguas han desaparecido o se han transmutado en otras antes de haber progresado su escritura. Incluso actualmente, cientos de lenguas en uso activo no se escriben nunca: nadie ha ideado una manera efectiva de hacerlo. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 17.

<sup>15</sup> Miguel León-Portilla se refiere a la gran variedad de *cuicatl* y *tlaholli* prehispánicos y comenta que “sobre todo a lo largo de los siglos XVI y XVII, se produjo una segunda forma de literatura en lengua náhuatl. En extremo abundante y hasta hoy relativamente poco estudiadas son las producciones de esta etapa”. “Yancuic tlaholli: palabra nueva. Una antología de la literatura contemporánea”, *op. cit.*, p. 129. A lo anterior agrega Demetrio Sodi: “No sabemos hasta qué punto podamos hablar de una “literatura” propiamente dicha entre los pueblos mayas. La mayor parte de los textos que se conservan, a pesar de sus valores poéticos y literarios no fueron escritos con la finalidad de hacer literatura. A esta característica se añade la de que, a pesar de que el material que se conserva es en ocasiones de indudable origen prehispánico, fue escrito en su mayor parte en épocas tardías después de la Conquista, con innumerables interpolaciones cristianas occidentales, las cuales son muchas veces difíciles de descubrir, al grado que no se puede saber en ciertos casos qué es lo maya auténticamente y qué lo occidental. Demetrio Sodi, *La literatura de los mayas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986 (Letras Mexicanas, 68), p. 7.

—no ya en las de los siglos XVIII y XIX sino en las más cercanas en el tiempo—, cuando comenzó a hablarse de “alfabetización” en lenguas indígenas, fue muy raro que alguien mantuviera el empleo de las letras aprendidas para escribir más tarde con ellas un texto en su idioma nativo.<sup>16</sup>

Por tanto, los textos realizados en gran número durante las dos primeras centurias de la Colonia, que hoy podemos consultar en distintos repositorios, fueron desplazados cada vez más por la otra modalidad que igualmente se había cultivado desde el periodo prehispánico, es decir, por la oralidad. Esta otra vertiente puede definirse como el amplio cúmulo de conocimientos y valores que cada sociedad genera y reproduce en forma verbal y comunitaria.<sup>17</sup>

En años recientes se ha revalorizado la tradición oral como forma de inagotable expresión coloquial y artística de los pueblos. El prestigio del que gozó el registro gráfico en detrimento de esta manifestación verbal considerada propia de culturas primitivas parece estar siendo relativizado a favor de la reivindicación de esa ancestral modalidad. En efecto, el lenguaje en su vertiente oral ha sido capaz de existir independientemente de que los distintos sistemas posean un alfabeto. Sabemos, incluso, como ya se ha dicho, que son pocos los idiomas que cuentan con ese código en comparación con el importante número de lenguas que han existido y existen;<sup>18</sup> por tanto, la expresión oral puede crearse y desarrollarse sin que cuente con esa clase de notación.

<sup>16</sup> Miguel León-Portilla, “Yancuic tlahtolli: palabra nueva. Una antología de la literatura contemporánea”, *op. cit.*, p. 125.

<sup>17</sup> José Alejos García comenta que: “La tradición oral es un componente fundamental de la cultura, es una institución humana tan antigua como el lenguaje mismo, cuya función primordial ha sido la transmisión oral de las ideas, conocimientos y valores de una generación a otra”. “Tradición y literatura oral en Mesoamérica. Hacia una crítica teórica”, en *Filología mexicana*, coordinado por Belem Clark de Lara y Fernando Curiel, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001, p. 295.

<sup>18</sup> Ignacio Guzmán Betancourt comenta que “No sabemos exactamente cuántas lenguas se hablan en el mundo, pero gracias a la labor de los lingüistas (esto es, los especialistas en el estudio del lenguaje y de las lenguas) ‘de campo’, sobre todo durante los últimos cincuenta años, tenemos datos de muchísimas lenguas cuya existencia ignorábamos por completo. Estos lingüistas, basados en su experiencia práctica, proponen cifras que varían entre tres mil y cuatro mil lenguas diferentes, repartidas en las diversas regiones de la Tierra. En este inventario se incluyen asimismo algunas lenguas que, por distintas causas, han dejado de hablarse (son las llamadas ‘lenguas muertas’) y que sabemos de su existencia pasada gracias a los registros escritos que nos legaron los pueblos que las hablaban [...]”. En “Dialecto: una noción lingüística desafortunada”, en *Educación, etnias y descolonización en América Latina. Una guía para la educación bilingüe intercultural*, México, UNESCO, 1983, p. 389.

Queda claro que el lenguaje oral es anterior e independiente del escrito, pero, entonces, ¿se puede hablar de “literatura oral” y de “escritura oral”, como se suele hacer? Walter J. Ong aclara que “no es posible describir un fenómeno primario comenzando con otro secundario posterior y reducir poco a poco las diferencias sin producir una deformación grave o inoperante”.<sup>19</sup> Se trata de dos sistemas diferentes con distintos recursos y finalidades que han existido y, en algunos casos, coexistido en la literatura y que no deberían, por tanto, estar en competencia, pues cada uno de ellos desempeña una función diferente.

Pero la anterior precisión terminológica respecto de la “literatura oral” no invalida el hecho de que la literatura haya fijado un sinnúmero de composiciones transmitidas oralmente de generación en generación, a través de los caracteres que quedan plasmados en el papel; la revalorización de esta modalidad del lenguaje no debe ir en detrimento de un sistema que indudablemente presenta grandes ventajas. Las culturas orales pueden ser rica fuente de expresiones de gran valor artístico, incluso son, como se dijo antes, sistemas primarios de comunicación; no obstante, sin la escritura numerosos testimonios no hubieran quedado consignados. De ahí la importancia de los esfuerzos que se han venido registrando a lo largo de la historia por reducir la variada gama de fonemas de los diversos idiomas a su representación gráfica.

Ahora bien, el lenguaje comporta dos características fundamentales que fueron identificadas por Wilhelm von Humboldt y más tarde por los idealistas, quienes siguieron de cerca las premisas sostenidas por el pensador alemán. El lenguaje es una fuerza creadora en constante transformación que, sin embargo, se ve restringida por las estructuras y funciones establecidas de antemano en el sistema; es una relación dialéctica entre lo nuevo y lo consolidado, entre la *energeia* y el *ergon*, o en términos de los idealistas entre “creación” y “evolución”. José Alejos sostiene que por largo tiempo la memoria de los pueblos ha perdurado gracias a la tradición oral y confiado a su capacidad reproductora.<sup>20</sup> Por su parte Margit Frenk, al referirse a la poesía popular española de los siglos XIII al XV, comenta:

<sup>19</sup> Walter J. Ong, *op. cit.*, p. 22.

<sup>20</sup> José Alejos García, “Tradición y literatura oral en Mesoamérica. Hacia una crítica teórica”, *op. cit.*, p. 295.

La colectividad posee una tradición poético-musical, un caudal limitado de tipos melódicos y rítmicos, de temas y motivos literarios, de recursos métricos y procedimientos estilísticos (caudal limitado, pero no necesariamente reducido). Dentro de él debe moverse el autor de cada nueva canción para que ésta pueda divulgarse; dentro de él, también los innumerables individuos que, al correr del tiempo, la retocan y transforman. Queda poco margen para la originalidad y la innovación, aunque éstas no están excluidas.<sup>21</sup>

Esto mismo sucede con la tradición oral en lenguas indígenas, donde un texto original es recreado y reacomodado según la situación o el contexto en el que se repite; es verdad que la oralidad es producto de la memoria colectiva, pero también es cierto que sobre esa base pueden efectuarse modificaciones que actualizan en cierta forma algunos contenidos, a fin de que el que lo reproduce y el que lo escucha los comprenda.<sup>22</sup> Queda claro, entonces, que la oralidad prístina es constantemente recreada aun cuando se trate del lenguaje ritual, en donde, a pesar de poseer una permanencia mayor debido a sus peculiares estructuras formularias, comparte en cierto modo la flexibilidad propia del lenguaje oral; así en el rito también pueden introducirse algunas alteraciones que impiden que la repetición sea exacta.

Ahora bien, podría pensarse que las variaciones de las que se ha hablado únicamente se dan en la modalidad oral, en el amplio y heterogéneo universo de la tradición verbal, en la recordación de cuentos y leyendas y otras composiciones generadas en una comunidad; y es que los teóricos hacen especial hincapié en las modificaciones que pueden registrar esta clase de relatos u otros de estructuras menos factibles de ser alteradas. En el afán por delimi-

<sup>21</sup> Margit Frenk, *Entre folklore y literatura (Lírica hispánica antigua)*, México, El Colegio de México, 1984, p. 18-19.

<sup>22</sup> Walter J. Ong comenta que “La originalidad no consiste en la introducción de elementos nuevos, sino en la adaptación eficaz de los materiales tradicionales a cada situación o público único e individual”; *op. cit.*, p. 64-65. Gabriela Coronado, por su parte, advierte que en la “literatura oral” se acentúa la capacidad recreadora y pone como ejemplo un cuento ñahñú que le relataron en el Valle del Mezquital, en Hidalgo. “El cuento trata de un gringo que, por no poder entender la lengua otomí, compró a un campesino una ardilla que estaba buscando en un hoyo, creyendo hacer un gran negocio. Posteriormente escuché el mismo cuento, sólo que, en lugar de un gringo, el tonto era un antropólogo.” “La literatura indígena: una mirada desde fuera”, en *Situación actual y perspectivas de la literatura en lenguas indígenas*, coordinado por Carlos Montemayor, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 59.

tar claramente la naturaleza de los sistemas ortográfico y fonológico y las peculiaridades artísticas de ambos, se ha puesto un marcado énfasis en el aspecto renovador de la oralidad. Es un hecho que la palabra escrita tiene características y funciones distintas a la hablada; que los elementos paralingüísticos en donde se genera ésta no existen en aquélla o carecen de tan calificada importancia; que mientras la composición oral es el producto colectivo de varias generaciones, la escrita es el resultado de una operación solipsista en donde el autor conforma el texto de manera aislada, sin un interlocutor inmediato. Sin embargo, como señala Yuri Lotman:

Se considera [que la imprenta] llevó a la desaparición de las variantes del texto literario. Esto no es [...] así. Basta con grabar la declamación de una misma poesía por diversos recitadores para convencerse de que el texto impreso nos da únicamente un cierto tipo invariante del texto [...] y las grabaciones, sus variantes. Si estudiamos la literatura contemporánea no desde el punto de vista del autor, como estamos acostumbrados, sino del lector, la conservación de la variabilidad será un hecho evidente.<sup>23</sup>

La escritura no puede considerarse como un exacto equivalente del lenguaje hablado; incluso el alfabeto, la forma más perfecta de escritura abunda en contradicciones relacionadas entre el grafema y el fonema. En efecto, las palabras representadas por aquéllos carecen de todas las posibilidades que ostentan en el lenguaje oral, como por ejemplo la diferente intensidad de la entonación; el valor especial que adquieren los signos de puntuación, mismo que el texto puede reproducir sólo hasta cierto punto; las exclamaciones y dramatizaciones que se desean, así como la gesticulación de las personas que intervienen en el diálogo. Además el destinatario del mensaje está ausente del contexto situacional donde se generan los enunciados. En otras palabras, se trata de sistemas diferentes en los que privan ya el espacio visual, ya el sonoro; sin embargo, el acercamiento de los lectores al texto escrito nunca es igual.

Es un hecho que la condición de la palabra no es la misma en el discurso hablado y en su representación gráfica. El contexto en el que un destinador emite un mensaje al destinatario resulta, pues,

<sup>23</sup> Yuri M. Lotman, *Estructura del texto artístico*, Madrid, Istmo, 1978, p. 74.

fundamental; la oralidad reclama un presente existencial para cumplir su función, pero el que produce un escrito se encuentra solo, no comparte la experiencia de esa emisión inmediatamente con un receptor. La articulación hablada supone una persona real que se dirige a otra u otras en un momento y lugar determinados; en tanto que en el impreso no se cuenta con estos elementos extratextuales. No obstante, como apunta José Alcina Franch, tanto la forma oral como la escrita comparten “una unidad, una acción, o una idea y unos personajes, hay unos periodos y una emoción que crece o decrece, un interés o intriga mantenida”.<sup>24</sup> Queda claro que son dos distintos mecanismos y componentes los de la oralidad y la escritura, a pesar de que ambas presenten en distinta forma ese carácter recreador del que se ha hablado y elementos del orden que apuntala Alcina Franch.

Pero ¿qué diferencias existen entre la comunicación oral cotidiana y aquellas manifestaciones literarias que se han venido transmitiendo a lo largo de la historia y que frecuentemente han sido clasificadas como parte del folklore de un pueblo? La oralidad, como hemos visto, se apoya en diversos elementos paralingüísticos que no son compartidos con la escritura; no obstante, lo que interesa contraponer aquí es la comunicación que se da en la vida diaria, libre del cuidado y esmero propios de los discursos ceremoniales, de plegarias, poemas y canciones. Existen, pues, características formales que separan a la comunicación coloquial, donde son irrelevantes la repetición de vocablos y frases, las faltas de concordancia entre los distintos componentes oracionales o el incorrecto uso de algunas conjugaciones verbales, imposibles de concebirse en una producción artística; sin embargo, estas restricciones que comportan recursos estilísticos de variada índole se han confundido frecuentemente con otra clase de expresiones. Se considera así que la labor de rescate realizada por etnógrafos y lingüistas principalmente de narraciones y poemas son parte más bien del folklore de una comunidad y no una manifestación que pertenezca a la literatura. Este problema no es privativo del material procedente de los pueblos indígenas de nuestro país. Margit Frenk, al referirse a las *cantigas d'amigo* gallego-portuguesas, advierte que no está clara la

<sup>24</sup> Véase José Alcina Franch, *Floresta literaria de la América indígena. Antología de la literatura de los pueblos indígenas de América*, Madrid, Aguilar, 1957, p. 15.

frontera entre lo folklórico y lo literario, como tampoco está claro dónde acaba la tradición y comienza la creación propia del poeta.<sup>25</sup>

Por su parte, Amos Segala, comenta que en la época prehispánica esta actividad artística estaba estrechamente vinculada con lo sagrado; no se trataba, por tanto, de una elaboración profana y autónoma del poeta, quien a través de la palabra manifestaba sus muy particulares sentimientos e inquietudes, sino de “un acto sacramental que ligaba al individuo con la comunidad y a éste con los dioses”.<sup>26</sup> Y más adelante Segala explica:

La literatura náhuatl nunca está separada de lo religioso, lo social y lo político, de lo que no es sino una epifanía y una síntesis [...].

Una prueba suplementaria de la justeza de esta opción metodológica se encuentra en el hecho de que el discurso literario náhuatl no puede derivarse sino a partir de testimonios y de obras que hablan ante todo de otra cosa: de inventarios, de fiestas, de circunstancias históricas o míticas, de rituales, pero nunca de una actividad literaria autónoma e ideológicamente independiente.<sup>27</sup>

No obstante, esta premisa teórica de la que parte Segala para explicar la función de la literatura en el complejo mesoamericano ha sido replanteada actualmente por quienes se han ocupado de estudiar la transmisión y recepción de los textos literarios, como él mismo lo admite. Esta valoración de profundas implicaciones hermenéuticas establece que la literatura desarrollada por los indígenas prehispánicos constituía una actividad claramente autónoma y completa, como lo demuestran sus temas específicos, sus particulares recursos estilísticos y su existencia real.

Ahora bien, dentro de la literatura náhuatl, existen varios *cuicatl* que se han convertido en clásicos. Se trata de creaciones anónimas de gran lirismo que forman parte ya de la literatura contemporánea, como la tan conocida “Nonantzin ihcuac nimiquiz”, “Madrecita, cuando yo muera”, atribuida erróneamente a Nezahualcóyotl, la cual proviene más bien, según Miguel León-Portilla, de la época independiente; esta breve pieza, compuesta en verso libre, evoca el dolor de la madre, quien a solas llora la pérdida de su hijo. De gran

<sup>25</sup> Margit Frenk, *op. cit.*, p. 152.

<sup>26</sup> Amos Segala, *Literatura náhuatl, fuentes, identidades, representaciones*, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 14.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 19.

difusión entre los nahuas de hoy también es la composición conocida como “Notlazohtla”, “Amada mía”; se trata, al igual que la anterior, de un pequeño poema de métrica irregular, pero con un estribillo,<sup>28</sup> en el que el amante insta a la doncella a apropiarse de la estrella del alba que contempla al amanecer, para compartir de esa forma la experiencia amorosa. Otros cantos populares de carácter anónimo que podrían confundirse con expresiones folklóricas tienen que ver con el quehacer diario, como el caso de “Miltequicuicatl”, “Canción del trabajo en la milpa”, que es una composición de tono festivo que se suele escuchar en la Delegación Milpa Alta; en ésta quien trabaja la milpa pide a los abuelitos que no se rían y a las ardillas que no se coman el maíz, pues de seguir haciéndolo podrían convertirse en la carne que acompañe a los tamales.<sup>29</sup>

Como vemos, la paternidad y el origen de algunas producciones pueden resultar inciertos. Así, según Miguel Ángel May May, podemos encontrar no sólo en la península yucateca, sino también en otros estados de la república, relatos con los mismos personajes; por tanto se puede afirmar que tales historias son de todos aquellos que las sigan contando.<sup>30</sup>

Una modalidad de la literatura indígena de gran valor artístico es la que toca a las plegarias sacerdotales. En ésta se unen el arte de la conformación estilística de los versos con el arte de su pronunciación, e incluso, entonación melódica; el ascenso y descenso tonal que se imprime al principio y al final de los enunciados y el ritmo que se aprecia en el recitado funcionan como apoyo mnemotécnico. Mariana Gabriel, María Luisa Góngora Pacheco, Pedro Pablo Chuc, Luciano Balam, Andrés Tec Chi, Teresa Pool Ix, Feliciano Sánchez Chan, Santiago Domínguez Aké<sup>31</sup> y Carlos Montemayor, entre otros, se han dedicado a grabar, transcribir al maya y traducir al castellano estas composiciones de hondo sentido religioso que se han transmitido por generaciones. Veamos un ejemplo:

<sup>28</sup> Esto es, la expresión en verso que se repite después de cada estrofa en algunas composiciones líricas.

<sup>29</sup> Véase Miguel León-Portilla, “Yancuic tlahtolli: palabra nueva”, *op. cit.*, p. 382 y 386.

<sup>30</sup> Miguel Ángel May May, “Los talleres de literatura maya, una experiencia nueva en Yucatán”, en *Situación actual y perspectivas de la literatura en lenguas indígenas*, coordinado por Carlos Montemayor, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 180.

<sup>31</sup> También ha reunido un conjunto de creencias y consejas mayas en un pequeño volumen que expresa la sabiduría de ese pueblo. Santiago Domínguez Aké, *Creencias, profecías y consejas mayas*, México, Instituto Nacional Indigenista/Secretaría de Desarrollo Social, 1993.

Ay,  
alta casa,  
doble casa,  
¿no es digna esta mesa  
de Dios Padre, Señor mío?  
¿No lo es con la Santa Inmaculada Primicia  
que ofrezco ahora  
en tu Santo Nombre?  
¿Es así, Señor mío?

*Kúyuch, kúyuch,*  
lloran los pequeños tigres,  
¿no es así, mi Señor?  
Estoy de rodillas  
en el cimientito de la Santa Mesa,  
mi Señor,  
para ofrendar ¿no es así?,  
el Santo Inmaculado Balché  
en tu sagrada Diestra.  
Arrodillado estoy en la esquina del cielo,  
¿verdad, mi Señor?<sup>32</sup>

Asimismo dentro de la tradición oral podemos identificar formas de entretenimiento del dominio popular conocidas como adivinanzas, en las que se debe descifrar el planteamiento disfrazado. Dice May May que guardan éstas cierto parecido con las preguntas que se hacían a los jóvenes indígenas que aspiraban al sacerdocio en la época anterior a la conquista, sólo que las adivinanzas son del dominio popular y, por tanto, pueden ser inagotables. Veamos algunas de ellas recopiladas por Roberta Ek Chablé, promotora cultural bilingüe en la Unidad Regional Yucatán de Culturas Populares, traducidas por Miguel A. May May.

Si eres buen adivinador, adivina esto:  
Blanca como paloma, negra como la pez,  
Camina y no tiene pies, habla y no tiene lengua.  
¿Qué es?

Wa tumen j-na'at na' ateché", na'at tela':  
Sak bey juntúul palomas', boox bey juntúul kaye',  
ku xímbal dzo'okole mina'an u yook, ku táan

<sup>32</sup> Carlos Montemayor, *Rezoes sacerdotales mayas I*, México, Instituto Nacional Indigenista/Secretaría de Desarrollo Social, 1994, p. 17.



dzo'okole'minaán u yaak  
Ba'axi...

Si eres buen adivinador, adivina esto:  
Es verde como el monte, es rojo y no es tomate,  
Pica y no es chile.  
¿Qué es?

Wa tumen j-na'at na'ateche', naát lela';  
Ya'ax je bix le k'áaxo', chak, dzo'okole'ma'páaki  
Páap dzo'okole'ma'iiki'.  
Ba'axi'...<sup>33</sup>

En resumen, existe una diversa gama de ejemplos literarios en las lenguas indígenas de México entre la que cabe destacar los rezos de los sacerdotes mayas, las canciones, los bailables, las consejas y los discursos de los ancianos, pronunciados en diferentes ocasiones. Pasemos ahora a revisar algunos temas relativos a la delimitación de los géneros literarios y a las dificultades con las que se encuentran los creadores indígenas en la actualidad en su tarea artística.

<sup>33</sup> En "Adivinanzas", *Nuestra Palabra*, suplemento especial de *El Nacional*, México, 29 de mayo de 1990, año 1, n. 9, p. 12.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS